

Covid-19: complejidad, comunicación, aceleración del tiempo *Covid-19: complexity, communication, time acceleration*

Israel Covarrubias
Universidad Autónoma de Querétaro
israel.covarrubias@uaq.mx

Introducción

El 2020 será recordado como el año del azote global del Coronavirus (Covid-19). Una epidemia que, en pocas semanas, se volvió pandemia luego de haberse notificado la aparición del nuevo virus en la ciudad de Wuhan, China, a finales de 2019. Las cifras de sus estragos no son menores y no pueden ser desdeñadas; mucho menos, los muertos que ha producido a lo largo del mundo, así como la estupefacción que ha provocado a diario su ola expansiva. En un momento donde la agenda global ponía toda la atención en la cuestión de los nuevos feminismos, la pandemia del Covid-19 descarriló por completo ese interés, por lo menos mediática y políticamente para exponerse en el escenario global como un enemigo invisible que exige una nueva centralidad y sobre todo un nuevo contrato social entre gobiernos y sociedades, pero también entre países.

No obstante que este hecho sea entendible por la lógica y la dinámica del acontecimiento que ha irrumpido con fuerza en el escenario mundial, pareciera que los medios de comunicación, así como las sociedades en su conjunto, los ciudadanos, los intelectuales, los periodistas y comunicadores, los académicos e investigadores, sobre todo en áreas que no tienen ninguna relación con la epidemiología ni con la virología, ni con las ciencias médicas en general, hablan demasiado y con mucha “certeza” sobre lo que se tiene que hacer, lo que no hay que hacer, lo que sigue, lo que nos espera, etcétera. En gran medida toda la información que ocupamos se nutre y la nutrimos a través del cristal del régimen de la comunicación. Por ello, terminamos por suponer –y de las suposiciones es muy difícil salir– que lo único que se puede hacer es actuar “reaccionariamente” frente al problema. Es decir, luego de que el Covid-19 sea controlado y nos habituemos a él, como sucedió hace una

década con la influenza AH1N1, antes con el Ébola y con el VIH, ¿qué seguirá? Es decir, ¿qué nueva catástrofe se configurará en el régimen de la comunicación al cual contribuimos a su reproducción?, ¿de nueva cuenta le confiaremos nuestro juicio y sobre todo los criterios para poder elaborar ese juicio a los mismos comunicadores, analistas, twitteros, *influencers*, y demás bichos que contribuyen de manera eficaz y eficiente a que hoy la comunicación produzca una sociedad temporal y espacialmente *fuera de sí*?

Lo que me llama poderosamente la atención es el margen de reflexividad que tienen las agencias de información y, en general, los medios de comunicación, tanto locales como globales, al cubrir la pandemia, sobre todo a partir del mes de marzo de este año, cuando sonaron las alertas de que la epidemia estaba deviniendo una auténtica pandemia. Sin duda alguna, la necesidad de tener información fidedigna sobre el día a día de esta ayuda considerablemente a una mejor toma de decisiones, así como a la elaboración de un juicio provisto de información de calidad. Pero el uso de la información como forma de escandalización no ha producido otra cosa que un mecanismo incremental del pánico colectivo, hasta alcanzar sectores poblacionales que estarían obligados a ofrecer socialmente datos, hechos y argumentos empíricos sobre la evolución del nuevo virus.

El papel que han jugado muchos periodistas al informar escandalizando las cifras del acontecimiento, al magnificar los errores y la tímida reacción inicial de los gobiernos, al colocarse como reservorio moral e intelectual de la sociedad, lejos de aplaudirse dada la propensión a la dispersión del poder en el juego democrático, es un fenómeno preocupante por su crecimiento exacerbado; ante todo, porque su convicción es hacer pasar prácticamente todo por la comunicación, entendiéndola a esta como una “entidad informe, sin principio ni fin, compuesta por temas que cuentan tanto como los temas de una muestra estadística. Esta condición socarrona y envilecedora corresponde al carácter de *esoterismo coactivo* que distingue cada vez más evidente a la innombrable actualidad” (Calasso, 2014, p. 171).

¿Cómo evitar el engaño de la mirada por parte de la comunicación en esta situación llamada de “crisis”? ¿cómo romper el cerco de los criterios de unidad, del cuerpo “místico”, de la solidaridad orgánica de grupo a la cual hoy se recurre en pleno despliegue del individualismo en sus formas más obscenas?, ¿cómo volverse sujetos autónomos en medio de la crisis del Coronavirus si la democracia hoy tiende a la institución de nuevas formas de heteronomía? Además, ¿cómo lograr esa autonomía si no logramos ralentizar nuestro “hacer”, que nos

sofoca incluso en medio de un problema de alcance planetario? En lo que sigue, intentaré una respuesta parcial a estas interrogantes.

The time is out of join

En las ciencias sociales siempre resulta difícil el uso del concepto de crisis, ya que cuando se coloca el vocablo para connotar el campo general donde se ha formado y desarrollado un fenómeno, como el Covid-19, rápidamente la palabra crisis clausura por completo el universo denotativo de su problematicidad, para volverlo llanamente legible a través de la comunicación, y más si esta última es la mediática. La paradoja es que entre más se esfuerza la comunicación por describir “de manera puntual” el fenómeno para los legos, este termina por volverse cada vez más abstracto y opaco. No es extraño que hoy se tenga un número relativamente inferior de “expertos-diletantes” pero muy cercano al de contagiados sobre el Covid-19.

En una época donde predomina la necesidad siempre creciente de la respuesta rápida, de la opinión desinformada, del enganchamiento a la tendencia *viral* del día, el Covid-19 es aire fresco para la reproducción de la monarquía del *self*, que allende a que es en sí misma una forma de confinamiento, representa el pasaje a la realización del imperio “egocrático” del Uno en una lógica “de abajo hacia arriba” en el interior de la sociedad democrática (Lefort, 2014). Diverso, esto debe ser evidente, a la tiranía del Uno que cobró forma en los totalitarismos de derecha e izquierda (“de arriba hacia abajo”) en el siglo pasado en Italia, en Alemania, en la Unión Soviética, en China, en Rumania, en Camboya, etcétera. De cualquier modo, es una nueva centralidad, frágil y obediente, del Uno, que no puede ser juzgada como menos perniciosa, o acaso inofensiva, si se le compara con las experiencias totalitarias pasadas.

The time is out of join. Esta sentencia con la que Hamlet expresa su desasosiego, es de una enorme pertinencia para comprender nuestros tiempos. En efecto, vivimos un tiempo desquiciado. Endemoniadamente fuera de sí, pero románticamente sostenido en sus bordes igualmente desquiciantes. Hoy esto ha cobrado una relevancia creciente. Piénsese, por ejemplo, en el tiempo de las redes sociales, donde sus múltiples manifestaciones son por sí mismas signos de nuestro *out of join*. En ellas, es decir, en las redes, vivimos en una suerte de experiencia del *tempus* –“el sentido interno del tiempo”– que une y mezcla la ruptura con la continuidad (Marramao, 2008). Ahí, el sujeto experimenta el tiempo como detenimiento, intenta disipar la angustia que le produce cuando sabe que tiene que regresar a la vida *fuera* de la experiencia temporal de la red; pero también

en la red, el sujeto va “aprisa”, distraído ve mucho y precisa poco, tiene urgencia de novedad y ansias de visibilidad. En esa suerte de *topos outopos*, en la que se ha convertido la red, el tiempo es completamente “imperfecto”, un tiempo sin tiempo que “pasa sin pasar”, como aquel que se realiza en los sueños o en los cuentos de hadas (Eco, 2003).

Si tenemos entonces un desquiciamiento del tiempo, también lo es de la experiencia. El tiempo pasa de su condición de “extraña familiaridad” (*familiar stranger*), como lo sugiere Julius T. Fraser (citado en Marramao, 2008, p. 34), al del vicio total de la “falsa familiaridad”, que hace referencia a la incapacidad de preguntarse si podremos o no tener la competencia para obtener las llaves o las claves que nos abran la realidad detenida por aquellos códigos de acceso que la custodian férreamente, y de esta manera descifrar la singularidad espacio-temporal de ese fenómeno que como pasa con el Covid-19 no coincide con el principio temporal individual (Bourdieu, 2005, pp. 458-469).

En este sentido, el régimen de la comunicación, sobre todo el visivo, ha consolidado el sueño de la realización; por ejemplo, de la política emancipatoria en su desrealización –este es uno de los significados atribuibles a la política global del confinamiento–; esto es, en una pura imagen fijada en una pantalla que no permite precisamente que el tiempo *pase* a través del espacio, deteniendo a este último, solo un instante y dejando que siga más allá de la forma espacial. Con ello, se podría por lo menos permitir mínimamente “rozar” ese gesto de grandioso desquiciamiento que, por ejemplo, Paul Valéry atribuye a Leonardo da Vinci, al decir que su obra y su figura son “siempre eternamente actuales” (1992, p. 86).

Así, el sentido autorreferencial de este estado de cosas se vuelve más eficaz cuando se observa su andar en las redes, que se llenan de todo aquello que se puede hacer para sobrellevar la cuarentena obligatoria: consejos, actividades educativas en línea, iniciativas sociales, conciertos, fiestas interactivas, conferencias, mesas de debate, noticieros, como si la topografía social hubiera desaparecido o jamás hubiera existido. Por consiguiente, la suerte, o quizá con precisión deberíamos decir, el regreso del *homo faber* está depositada en esa búsqueda primigenia por no sucumbir al “encierro”, totalmente inoperoso, voluntario u obligado. Lo anterior está permitiendo la instrumentalización de formas simples de actuar que se apropian con mucha facilidad de las múltiples maneras de hacer-en-el-encierro, vaciando todo contenido subjetivo profundo; no obstante, pareciera que es lo único que opera como lazo social: *soy un hacer a través del habla con la pantalla*. Sin duda, estas son “caras de una guerra antiilustrada”

(Garcés, 2017, p. 7), que ya estaba en marcha antes de la explosión de la pandemia. En su conjunto lubrican con intensidad la maquinaria de un “mundo *smart* para unos habitantes irremediamente idiotas” (Garcés, 2017, p. 11). En este sentido, se llega pronto al paroxismo cuando se agradece ser parte de una suerte de *dumbocracy*, que exime de cualquier responsabilidad a esos no-ciudadanos, o con mayor precisión, a esos ciudadanos postdemocráticos.¹

Observar la complejidad más allá de la noción de “crisis”

Un sistema complejo no puede ser contestado a través de esta forma reactiva. De lo contrario, estaremos perdidos en el mar del embrutecimiento de las redes y de los medios de comunicación. La complejidad, dicen sus teóricos, desde que tiene lugar su emergencia exige la identificación de la serie de condiciones que permitieron su aparición; Bateson (1998) hablaba con precisión de observar el proceso que da lugar a lo que llama la “cismogénesis” de un fenómeno. Condiciones que en el mejor de los casos son una expresión interna a un régimen de historicidad caracterizado por un grado elevado de persistente variación en cuanto a su velocidad y a su simultaneidad, por ello, el trabajo de identificación será la primera tarea que exige el análisis fino de las formas de latencia presentes en el comienzo de su desarrollo, y que por el hecho de que no sean visibles, no supone que no existan. Un sistema complejo es, pues, “una mezcla de redundancia y variedad” (Luhmann, 2006, p. 101); es decir una composición de rotación y traslación constante: “la complejidad”, afirma Luhmann (2006), “es la *unidad de una multiplicidad*” (p. 101). “Con esto [agrega] se bloquea la salida fácil que consiste en hablar de complejidad a veces como unidad y a veces como multiplicidad” (Luhmann, 2006, p. 101). Este es el punto preciso que pareciera que la política, la comunicación y las redes sociales pretenden hacer como si no existiera. Incluso como si no fuera necesaria su existencia para la comprensión de la pandemia, cuando de hecho la epidemiología nos ha insistido una y otra vez, en esa labor pedagógica a la que está obligada para transmitir el mensaje a la sociedad, que es necesario pensar el fenómeno del Covid-19 en términos de complejidad.

Probablemente, esto quede más claro si utilizamos el ejemplo clásico que ofreció en 1972 Edward N. Lorenz, cuando sugería que el aleteo de un mariposa en Brasil podría producir un tornado en Texas (Lorenz, 2005, pp. 179-182). Esta

¹ El “adjetivo *dumb*”, del cual abrevia el neologismo *dumbocracy*, “significa ‘mudo’ y por extensión, ‘estúpido’” (Perniola, 2006, p. 47).

metáfora, que después fue utilizada como una alegoría de lo que significaba la globalización, o sea la interconexión e interdependencia digital y espacial del mundo, puede ser interpretada también como una forma de corroboración del alto dinamismo caótico en el cual nos encontramos en nuestros días: un mercado de comida en Wuhan desató una pandemia que tiene hoy uno de sus picos más altos, en términos de frecuencia, al otro lado del orbe, en Estados Unidos. Es evidente que lo que ha contribuido a su efecto expansivo es la reducción espacial de las distancias por la aceleración del tiempo que garantiza el transporte de mercancías y personas (que, en realidad, también son una mercancía) más eficiente que conocemos: el avión. Pequeñas perturbaciones pueden producir alteraciones significativas en el sistema.

Por lo tanto, es oportuno ir más allá de la noción de crisis del sistema sanitario, económico o político. ¿Por qué? Porque con la noción de “crisis”, por ejemplo, en su sentido más simple, lineal si se quiere, siempre se está pensando en un “antes” y un “después”. Este es el caso del desarrollo, sea económico sea político, sea social sea médico, que camina a saltos, abruptamente, no avanza de forma tersa. En este sentido, no hay movimiento sin pérdida, pero tampoco sin inestabilidad. Se vuelve un mero argumento retórico suponer, como se hace con mucha frecuencia, que ese “antes” era un mejor cabotaje, o que si hoy estamos en crisis es porque “atrás” algo falló. Este sentido regresivo que hace que la crisis pierda su autenticidad, la coloca como un efecto de una serie de acontecimientos: mala administración, malas decisiones, inercias o herencias del pasado, etcétera. Pero también aparece el sentido progresivo de connotación de la crisis, la dimensión del “después” (Garcés, 2017, p. 11); es decir, se establece de manera arbitraria una suerte de coyuntura crítica a la que se le arroja un diagnóstico, después del cual el problema terminará por resolverse, o bien se abrirá el tiempo por venir a una situación aún más grave de la que se quiere recomponer, *hic et nunc*. De este modo, se finaliza por vivir “precipitándonos en el tiempo de la inminencia, en el que todo puede cambiar radicalmente o todo puede acabarse definitivamente” (Garcés, 2017, p. 15).

El establecimiento arbitrario al que se alude para entender la manera de colocar o identificar una coyuntura crítica (*critical junctures*), es debido a que la comunicación mediática está poco interesada en observar diferencias y detalles. Antes bien, su trabajo es el de borrar las diferencias y ocultar los detalles en aras de que la repetición y la falsificación –en tanto *dobles* de la realidad– sea una lógica continua, sin más asidero que la pretensión performativa que su retórica produce de modo abiertamente reactivo. Esta clausura operativa es análoga a la que se

produce en la relación entre original y copia, sea en el campo del arte: en el campo de la técnica, en el campo educativo, en el campo recreativo, donde la copia finalmente coloniza el espacio de la autenticidad. Entonces, para el observador calificado y también para el diletante cae en “desuso” la posibilidad de “detectar diferencias”, es decir se aplanan su “capacidad de discernir”, que solo es posible si se establece una “distancia” entre el juicio del observador y el ángulo que mira del objeto bajo observación, no obstante que ambos momentos no estén para nada *disociados* (Gardner, 1997, pp. 241-249).

Así, los medios de comunicación tienden a la conservación del *status quo*, no a su derribamiento. En realidad, derriban todo aquello que se distancia de esa ficción del orden que contribuyen a erigir con el movimiento de obnubilación de la capacidad de discernimiento, pero que permite por su parte la edificación de nuevas divisiones y fronteras. Este es un elemento funcional de la comunicación en el contexto de la sociedad democrática. Al respecto, en su obra *Retóricas de la intransigencia*, el economista Albert O. Hirschman (2001) sentencia: “La democracia genera de modo continuo sus propios muros” (p. 10). De aquí, pues, que sea posible sostener que estamos presenciando el levantamiento de nuevos muros de incompreensión entre Estado y sociedad, entre sociedad y medios de comunicación, entre estos con el Estado, entre aquel con los subsistemas que lo integran y que se vuelven más evidentes en la medida en que se desarrolla la pandemia.

Si Wittgenstein (2010) señala que “los límites de mi lenguaje significan los límites de mi mundo”, y además abunda en que “[...] no podemos *decir* lo que no podemos pensar” (p. 111), podríamos por nuestra parte sugerir que los límites de la comunicación son los límites de “mi” comprensión del mundo, en un contexto histórico donde la comunicación mediática muestra una pulsión a volver el mensaje un acto pornográfico, ya que pretende “decirlo todo”; no puede quedarse en custodia del secreto absolutamente nada, ninguna palabra, ningún signo de puntuación, ningún sonido vocal.

De tal suerte que hablar de crisis global a causa del Covid-19 es superfluo, pues ¿acaso no hemos vivido en una situación crítica constante desde hace lustros? Es decir, ¿hoy ya se superaron totalmente los efectos que produjo la crisis económica de 2008 a nivel global?, ¿ya se recuperó, por ejemplo, la tasa de empleo que se tenía previo a 2008? Por su parte, ¿cuál es el estado de salud de la democracia como forma política global si parece que no deja de ser contestada con dosis crecientes de populismo?, ¿la suya es interpretable como una crisis “menor” frente a la crisis sanitaria y económica? En realidad, estamos en un momento histórico que exige ir más allá de la mera identificación del “tiempo de crisis” en el que habitamos.

La pérdida del carácter lineal de las lógicas sociales

La situación actual está dejando entrever algunos de los efectos que ha producido el incremento de complejidad en las sociedades democráticas. Si bien el fenómeno de la complejidad fue utilizado como figura analítica, incluso paradigmática, a partir de los años setenta del siglo pasado en disciplinas como la sociología o la ciencia política, para el estudio de una serie de fenómenos inscritos en el seno de la sociedad postindustrial –con la que la acepción sociedad compleja rivalizaba–, particularmente en lo que se refería a la “interrupción” del desarrollo, “o mejor dicho, de los inesperados efectos disgregadores de la pérdida de la lógica lineal del cambio” (Rusconi, 2019, p. 8). Esta noción sigue siendo útil para calificar las lógicas sociales donde tienen lugar las formas de fragmentación de la identidad, grupal y personal, por lo que los problemas referentes a la composición del lazo social y de la cohesión social –son dos fenómenos diversos– frente a las instituciones públicas y políticas, o frente a la comunicación mediática y las redes, resultan comprensibles solo si son observados desde una perspectiva donde se constata que la unidad de lo social está fundada en la multiplicación y en el despliegue de posibilidades de su estructuración. De aquí deriva que sea el principio de indeterminación una de las condiciones esenciales de posibilidad para la concreción de la dinámica contemporánea del reconocimiento político, cultural, “virtual” o “real”. De entre los efectos que esta situación ha producido, hay dos que no se deben dejar de lado. Con mucha probabilidad, resultan esenciales para la comprensión del cuadro global de las sociedades actuales respecto a la pandemia del Covid-19 y su impacto particularmente en el campo de la comunicación.

Primero, la producción acelerada de entropía en las sociedades es un dato empírico, no una abstracción, y ante la cual es necesario no sólo estar conscientes, sino además constatar que esta es uno de los motores que mueven a las sociedades del siglo XXI. La entropía interactúa en el interior del sistema social rompiendo viejos pactos; desplazando estructuras sociales obsoletas, como el carácter prohibitivo de las religiones o las morales; inaugurando formas de sociabilidad desconocidas e intermitentes; desestabilizando los nodos funcionales de la sociedad para volverse regla, no excepción. Un caso ejemplar de ello es la última ola de protestas globales encabezadas por el gran movimiento feminista que comenzó en 2019 y siguió su recorrido hasta que la sepultó el Covid-19. Es decir, entre más se parte de la presuposición de que es necesario un nuevo equilibrio entre géneros, entre sexos tanto en el trabajo como en la casa, en la vida pública y en la privada, en el corazón de las sociedades más se repiten y diseminan sin control las discrepancias con el deseo y los empeños encaminados a lograr la paridad de

género, y al final esto se traduce en un incremento de la violencia de género, que conlleva también un incremento de feminicidios. En este sentido, la violencia social tiende a ser una expresión de esta entropía, ya que no es posible ni siquiera imaginable pensar una sociedad sin violencia. Este hecho puede ser atribuible, dice el sociólogo Wolfgang Sofsky (2002), por la enorme “variabilidad de las emociones” sumada a la “capacidad de imaginación” que tiene el hombre, ya que

[...] en él las motivaciones y los sentimientos cambian continuamente, visto que por su constitución abierta al futuro, aún todo permanece posible, en cada lugar, a cada momento [...] Inventa formas de violencia siempre nuevas y de este modo transgrede los límites de la realidad que limitan la vida. Idea nuevos horrores, imagina utopías, crea las divinidades que justifican cualquier sacrificio. Si se quisiera liberar al mundo de la violencia, se necesitaría primero privar a los hombres de la capacidad de invención. (p. 2)

Más que encontrarnos en medio de una “crisis”, sanitaria, civilizatoria o del tipo que se quiera connotar, estamos en una suerte de exigibilidad de vivir en el final de los tiempos; por un lado, se constata que no hemos aprendido mucho de la historia, de las pandemias y las guerras que han asolado al mundo en épocas y siglos pasados; por el otro, la muerte termina por ser constitutiva a todo sistema social, a todo orden político. No es posible volver realidad el deseo de tener una tasa cero de violencia. Lo que cambia son los medios de su realización.

Segundo, la cuestión de la irreversibilidad temporal de los procesos sociales es importante mencionarla. En general, se piensan los sistemas sociales, incluido el sistema jurídico, el sistema político, el sistema cultural, el sistema de clases, el sistema de género, etcétera, desde un punto de vista reversible. Es decir, las asimetrías y dividendos entre grupos siempre pueden ser encausados —esa es la esperanza de muchos—; la sociedad en su conjunto puede cambiar y ser reformada para participar de un pacto general de reificación de la “nueva Jerusalén” económica, etcétera; precisamente para este tipo de análisis funciona bien el uso de un concepto como el de crisis.

Si los procesos sociales fundamentales de nuestro tiempo expresan un fuerte componente de irreversibilidad y, además, están sedimentados en una constante y creciente producción de entropía, es porque vivimos en una suerte de, como señala Marina Garcés (2017), “condición póstuma [esto es] nuestro tiempo es el tiempo del todo se acaba” (p. 13). Desde este punto de vista, la noción unitaria de crisis es un consuelo semántico para encubrir la incapacidad de observar

todo aquello que se está muriendo de las certezas ontológicas y de los desarrollos sociales que bañaban al mundo con sus grandilocuencias en una supuesta línea de continuidad –que por su parte solo existe como concepto, no como historia– con el mundo moderno. ¿Sigue siendo moderno el mundo que hoy habitamos?, ¿transmoderno o hipermoderno? Lo nuevo ha dejado de ser fuente de sorpresa. En su lugar, termina colocada la angustia y el miedo a los enemigos invisibles, cuyas posibilidades infinitas de expansión hacen palidecer a las sociedades con su amenazante redundancia.

Como señala Mircea Eliade (2001), por más racional y tecnificada que sea la vida contemporánea, y por más competencia científica que se tenga para la explicación de los fenómenos que la golpean una y otra vez, el alma humana sucumbe siempre al poder irresistible que ejerce el miedo sobre ella (pp. 58-62). Este es un motor de la existencia que nunca ha podido ser encapsulado de manera definitiva.

De este modo, el estudio del fenómeno general del peligro donde se inscribe la lógica del miedo en el interior de la sociedad democrática es una tarea pendiente en el campo de la teoría política y de la teoría social. Quizá se encuentren algunos grandes destellos en las obras de algunos pensadores clásicos, cuando observan el papel que juega el miedo y la discordia, *in primis* Maquiavelo y Hobbes, en la organización de los asuntos humanos. En esa dinámica, el peligro aparece como uno de los elementos constitutivos en la formación del orden político. De cualquier modo, es necesaria una teoría política y social que debata el lugar que ocupa el peligro y el asedio en el interior de la sociedad democrática, problematizando, entre otras tantas demandas, las siguientes interrogantes: ¿frente a qué nos sentimos en peligro?, ¿qué causas generan precisamente este desasosiego cotidiano?, ¿el miedo y su expresión son una respuesta al peligro?, ¿cómo es posible la reducción de la incertidumbre a causa de esa sensación invisible pero también visible del peligro? Finalmente, ¿cuál es el impacto del miedo en las formaciones identitarias de las comunidades democráticas?, ¿qué formas institucionales, sociales y cognitivas tiene estas para despresurizar ese fenómeno latente? De nueva cuenta, el problema son las concepciones sobre el tiempo y las maneras en cómo se despliega a lo largo de la sociedad actual.

Conclusiones tentativas

El Covid-19 es un fenómeno global que al acelerar la dislocación entre su tiempo de latencia y aquel otro de su expansión está dejando diseminadas diversas enseñanzas. Es probable que no se podrán digerir y mucho menos observar de manera inmediata. Sin embargo, ayuda para seguir en esa labor de construir

interrogaciones permanentes, más que respuestas definitivas a la situación que nos estructura de manera biográfica y colectiva.

Es necesario aprender a vivir en sociedades “entrópicas”, ya que la contingencia se ha vuelto una suerte de motor vital que empuja a nuevos desarrollos y nuevas posibilidades de existencia en común. No obstante que en ocasiones este motor se revele mediante sus caras perversas como las violencias, las enfermedades, los miedos y las demandas de reforzamiento de la presencia coercitiva. Pensar lo contrario, esto es, pensar y determinar mediáticamente que es posible controlar y reducir la entropía, con esa certeza que otorga el derrumbamiento de la inteligencia a causa de la simpleza que ha colonizado la vida cotidiana, resulta ingenuo. De hecho, estas manifestaciones son el síntoma de la pérdida que se experimenta en una ecuación que hace suya la oposición entre “la finitud del tiempo y la infinidad del deseo” (Marramao, 2008, p. 28). Cualquier malabarismo para desanudar esta ecuación tiende a su irremediable fracaso.

Siempre existe una lucha incesante en contra del poder y particularmente en contra de su abuso, sea de cariz política sea de cariz religiosa o comunicativa. Sin embargo, pensar en esa lógica la lucha contra una nueva enfermedad puede ser un signo inequívoco del uso destructor del poder, que termina paradójicamente por anarquizar la propia enfermedad, y de aquí al “sálvese quien pueda” no hay mucha distancia. La enfermedad, como se sabe, es parte constitutiva de nuestras vidas, y si estamos enfermos es porque estamos vivos, no porque sintamos un poder amenazante. Sobre este punto, se sigue debatiendo un poco de manera ciega en el campo de la comunicación, sobre todo porque no se han encontrado las claves de acceso para lograr un desciframiento eficaz de la pandemia.

Referencias bibliográficas

- Bateson, G. (1998). *Pasos hacia una ecología de la mente. Una aproximación revolucionaria a la autocomprensión del hombre*. Buenos Aires: Ediciones Lohlé-Lumen.
- Bourdieu, P. (2005). “La génesis social de la mirada”. En P. Bourdieu, *Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario* (pp. 458-469). Barcelona: Anagrama.
- Calasso, R. (2014). *La marca del editor*. Barcelona: Anagrama.
- Lefort, C. (2004). *La incertidumbre democrática. Ensayos sobre lo político*. Barcelona: Anthropos.
- Eco, U. (2003). *Sei passeggiate nei boschi narrativi*. Milán: Bompiani.

- Eliade, M. (2001). “El miedo a lo desconocido”. En M. Eliade, *Fragmentarium* (pp. 58-62). Ciudad de México: Nueva Imagen.
- Garcés, M. (2017). *Nueva ilustración radical*. Barcelona: Anagrama.
- Gardner, H. (1997). “Comparaciones esclarecedoras: contemplando plagios y falsificaciones”. En H. Gardner, *Arte, mente y cerebro. Una aproximación cognitiva a la creatividad* (pp. 241-249). Buenos Aires: Paidós
- Hirschman, A. O. (2001). *Retóricas de la intransigencia*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- Luhmann, N. (2006). *La sociedad de la sociedad*. Ciudad de México: Herder-UIA.
- Lorenz, E. N. (2005). *The Essence of Chaos*. Londres: University College London
- Marramao, G. (2008). *Kairós. Apología del tiempo oportuno*. Ciudad de México: Gedisa.
- Perniola, M. (2006). *Milagros y traumas de la comunicación*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Rusconi G. E. (2019). “Sobre el concepto de sociedad compleja”. *Metapolítica*, 23(104), pp. 6-13.
- Sofsky, W. (2002). “El futuro de la violencia”. *El Ángel*, revista cultural del periódico *Reforma*, 411, 27 de enero, p. 2.
- Valéry, P. (1992). *Introduction à la méthode de Léonard de Vinci*. París: Gallimard.
- Wittgenstein, L. (2010). *Tractatus logico-philosophicus*. Madrid: Alianza.